

Naturaleza y culto (Para Jesús Aguado)

por Oscar Pujol Riembau

Doctor en Sánscrito por la Benares Hindu University

Posiblemente el desarrollo de la conciencia ecológica que se ha producido en la sociedad moderna constituye un fenómeno nuevo que no encuentra paralelo en las culturas antiguas. La naturaleza, esa diosa poderosa de la antigüedad capaz de otorgar todas las riquezas o de conjurar su carencia prolongada, empieza ahora a ser entendida como una criatura frágil, vulnerable, que puede llegar incluso a ser destruida por las manos codiciosas de los hombres. Seguramente esta visión presupone una reducción y al mismo tiempo una extensión del concepto de naturaleza en la antigua India. El respeto a la naturaleza que encontramos hoy en día en las sociedades modernas, nace en gran medida de la conciencia de su abuso, de la conciencia del poder abrumador del hombre y sus artilugios. La antigua diosa parece haber perdido su lado cruel para pasar a ser tan sólo una madre benéfica, generosa y sabia que se ve amenazada por la inconsciencia de sus hijos. Para la mentalidad tradicional india, sin embargo, la naturaleza sigue conservando sus dos aspectos: uno maternal y productivo, otro terrible y destructivo. La naturaleza se manifiesta en la fertilidad inagotable de la lluvia, pero también en el avance incandescente de la lava que se expande cubriendo de cenizas lo que toca. Los frutos suculentos y el furor de los grandes cataclismos, serían en este caso dos aspectos de una misma energía: uno benéfico y otro nefasto para el hombre. En el mundo actual, al menos en la conciencia popular y mediática, la naturaleza parece haber quedado reducida al papel de doncella amable, vaca ubérrima o gacela tímida acechada por las flechas amenazantes de una civilización desbocada.

Simultáneamente se ha producido una extensión de los poderes del hombre como hombre. El hombre se ha apropiado de los poderes de la naturaleza y se ha vuelto capaz de amenazar la existencia misma de la Diosa Madre. La naturaleza ha perdido su señorío, y aunque se le permite conservar su poder creativo, se le priva de su poder destructor, dejándola a merced de la bondad de sus propios enemigos. Hay entre los hombres seres comprensivos con conciencia ecológica, que procurarán defenderla de la actitud amenazante del resto de los hombres, en particular de los hombres acechantes que buscan saquearla a toda costa.

En la sociedad moderna occidental el concepto de naturaleza bondadosa reposa sobre un substrato ideológico más profundo en el que la naturaleza es entendida como una fuerza que ha de ser controlada. La resistencia a ese control que la naturaleza ofrece, o mejor que el hombre cree que ofrece, da pie entre otras cosas a la cultura de la desconfianza o de la alerta permanente; cultura ésta que forma parte del substrato ideológico mencionado más arriba. Lo que nos interesa, sin embargo, es que tanto si entendemos a la naturaleza como una diosa sabia, amable y pródiga o como una fuerza peligrosa es siempre el hombre como hombre quien define el papel de la naturaleza, bien para ser protegida de la explotación humana o bien como objeto de estudio para neutralizar sus posibles excesos. En todo caso, no es nunca la naturaleza la que sirve de referencia para determinar el lugar que le corresponde al hombre. El hilo argumental de estas líneas sostiene que en la concepción de la India clásica es la naturaleza la que marca los límites del hombre como hombre, mientras que el hombre como Hombre

Primordial (purusha, ver más abajo) se convierte en su esposo legítimo, el amante perfecto, que entra en relación con ella no para explotarla, sino para fecundarla; es decir para disfrutarla de una forma creativa.

Esta concepción moderna que coloca implícitamente al hombre por encima de la naturaleza, que lo hace la medida de todas las cosas, para estar contenida tanto en la filosofía consumista como en los movimientos ecologistas que le corresponden. La responsabilidad del hombre moderno es abrumadora. De él dependen tanto la conservación como la extinción de un buen número de especies. El hombre se ha convertido tanto en el destructor como en el preservador del mundo. La hecatombe nuclear y la felicidad perpetua parecen depender casi exclusivamente de la especie humana.

Cabría, sin embargo, pensar que la idea de que una criatura determinada pueda superar por su fuerza o inteligencia al entorno en el que vive, es moderna sólo si privilegiamos el vestido de circunstancias que la recubre. Tras los velos del detalle aparece el núcleo de una idea registrada ya en la antigüedad más remota: la afirmación de la autonomía absoluta de un ser, o de una clase de seres, respecto al resto de la creación. En otras palabras, el impulso cosmófago que hace que la parte quiera engullir el todo. El resultado de este impulso es siempre el mismo: la parte incapaz de comer el todo, termina por caer muerta al suelo con las mandíbulas desencajadas por el esfuerzo, dispuesta a ser devorada por esa multitud de criaturas minúsculas que habían constituido antes su alimento. El principio de interdependencia de todos los seres, que no es sino la ley del sacrificio, termina con la cosmofagia del individuo.